

UNA EXCELENTE PERSONA

JOSÉ LUIS MENDOZA*

A don Vicente le conocí, en un primer momento, por referencias de algunos alumnos suyos. Coincidían en que era serio y exigente en el aula universitaria, muy bien preparado científicamente y *una excelente persona*.

El contacto que después tuve con él, en una de las residencias de estudiantes que dirigía el Opus Dei en Sevilla, me confirmó lo que ya había oído sobre su valía personal, amabilidad y sencillez. A diferencia de su actuación en el aula, cuando se departía con él amistosamente quedaba uno envuelto en su amplia y sonora sonrisa, tan frecuente, y en su innegable simpatía; también uno sentía la impresión de ser analizado por aquella mirada fija y penetrante tan suya, que parecía calar hasta el fondo.

Físicamente era bastante alto y esto contrarrestaba o disimulaba su «voluminosa estructura orgánica» (algo fuera de serie), dando a toda su figura una sensación externa de vitalidad, empuje y arrolladora presencia que correspondía perfectamente con su trayectoria moral de vida (de gran creatividad e iniciativa) en la que dejó marcada huella, sobre todo en el área intelectual y universitaria.

Fue en la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida donde tuve ocasión de conocerle más de cerca y también de admirar sus cualidades humanas y sobrenaturales, así como sus dotes de organización e inteligencia. Esta universidad, fundada por él y situada en un maravilloso entorno de naturaleza, la «obra de sus amores», impartía entonces el octavo curso de cultura indiana, correspondiente al verano de 1950.

* VIII Curso Universidad Hispanoamericana (1950). (Hoy Fray Manuel María, monje sacerdote cartujo).

Cualidades y carismas

Espigando un poco entre aquellas cualidades y carismas, don Vicente era, ante todo, un hombre equilibrado y ordenado; y como la «paz» es «*tranquillitas in ordine*», emanaba siempre de toda su persona una serenidad y apacibilidad ciertamente envidiables. Daba la impresión, al despachar con él, de que no había entonces nada más que resolver, y entraba en los problemas —*hic et nunc*— con toda la atención de su mente y energía de su voluntad; de aquí su eficacia y lo mucho que llevaba por delante.

También era notable —y quizás consecuencia de lo anterior— su gran capacidad de trabajo. Además de ser Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla (perfectamente organizada a nivel científico, según los alumnos) y regentar la cátedra de Historia Moderna y Contemporánea, fue Director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos (creada por él), Rector de la Universidad de La Rábida (obra igualmente suya, como ya dijimos) y Director del «Club La Rábida», fundado por él y que tenía como finalidad prolongar en Sevilla el ambiente de amistad y compañerismo rabideño.

Todo ello lo alternaba con su diaria labor docente y con una amplia producción científica (libros y numerosas conferencias) en los distintos medios intelectuales que le solicitaban, que eran muchos.

Hombre de iniciativas, destacaba igualmente por su facultad organizadora. Su capacidad creativa no se arredraba ante las dificultades, ni retrocedió nunca por falta de medios materiales —que le faltaron más de una vez— para realizarlas. «¡Dios y Audacia!» era su norma, su grito de combate, cuando quería llevar adelante alguna nueva empresa. Lo primero que hacía era buscar cuidadosamente las personas aptas y de valía que necesitaba. Las preparaba bien, les infundía su propio entusiasmo, nombraba enseguida la «Comisión organizadora» y después... «patos al agua», quedando él en un segundo plano dentro de una responsabilidad muy compartida. Sólo cuando se convencía de que aquello rodaba por propio impulso desaparecía aparentemente, sin desentenderse nunca de la labor de orientación y consejo, pues todos reconocían su claridad de visión.

Autoridad sin autoritarismos

Hemos apuntado que la Universidad de La Rábida era como la «niña de sus ojos». Allí, en los cursos anuales de verano, se le veía «en su elemento»

y se manifestaba más auténticamente su rica personalidad, su desbordante alegría y su indiscutible don de gentes.

Tenía la rara virtud de mantener la disciplina y su necesaria autoridad sin autoritarismos, totalmente compenetrado con el alumnado joven y no siempre fácil de frenar y ordenar como él lo hacía. Sirva como botón de muestra el siguiente episodio.

En aquel curso (1950) llegaron, procedentes del norte, dos traineras, media docena de piraguas y varios «chinchorros» (barcas pequeñas), largamente esperados. El primer día que se pusieron en uso bajamos a la ría con gran ilusión, todos queríamos usarlas..., y el desorden fue general y también los pequeños «roces y contratiempos», pues rigió, a falta de otro mejor, el derecho de ocupación y se impuso naturalmente la «ley del más fuerte». El grupo de los «gallitos» (que los había), capitaneado por el «matón», que nunca falta, lo «mangonearon» todo a placer.

Don Vicente, que compartía diariamente el baño con nosotros, se mantuvo pasivo y procurando «no ver», pero enseguida midió las consecuencias de todo ello; y cuando —acabada la comida— salimos a la terraza exterior, ya tenía preparada y leyó públicamente la «Comisión responsable de traineras, piraguas, chinchorros y demás deportes acuáticos», que bajo su personal control y presidencia se encargaría de distribuir justa y ordenadamente (por turnos, tiempos de uso, etc.) las distintas peticiones.

Mas el problema, impensadamente, se agravó pues aquello no cayó bien a algunos y los «gallitos» se sintieron preteridos, se levantaron del grupo general y formaron conciliábulo aparte, con planes rebeldes para el día siguiente. La tensión subió de grados, y fue entonces cuando don Vicente —previendo rápidamente la situación— añadió con gran aplomo y amplia sonrisa de circunstancia (tan oportuna y tan suya): «Esta Comisión 'honoraria' dará en todo momento suficiente campo de acción a la siguiente Comisión 'efectiva', a la que corresponderá la máxima responsabilidad en el cumplimiento de todo lo prescrito sobre distribución, justicia y orden, encargándose además cada día de tener a punto y recoger después todos los efectos marítimos.» Y volviendo al papel (donde ya no había nada más) «leyó» los nombres del «matón» (como Presidente efectivo inmediato) y de todos los «gallitos» (como vocales auxiliares).

... Sorpresa general, aplauso cerrado, perplejidad y visible sonrojo en los rebeldes (vencidos y corridos), desaparición del problema.

Entereza, equilibrio y ponderación

Podría reseñar también las muchas ocasiones, incluso mínimos detalles, en que brillaba su sencillez y humanidad así como lo cerca que procuraba estar de nosotros y vivir todo lo nuestro. Valga como ejemplo uno solo. Había un alumno suizo, bellísima persona, que le había pedido permiso para ir a Huelva con el fin de que un sastre le tomara medidas; dos semanas después apareció en el comedor con un magnífico traje flamante, recién estrenado, que ciertamente le caía bien. Al final de los postres se levantó don Vicente y mirando al suizo dijo: «Sabéis todos que siempre fue muy noble, muy español y muy caballeroso reconocer y ‘remojar’ la elegancia y el buen porte, pero mucho más si se da sobre una percha extranjera.» Acto seguido se acercó al suizo —sorprendido— y le vertió un poco de agua sobre el hombro al grito, coreado por todos... «hip, hip, hip, hurra!», Aplauso de rigor y después algo curioso: todo el alumnado, al son del mismo grito y con sendos vasos de agua en la mano, avanzó en círculo cerrado hacia el suizo, quien puso pies en polvorosa y se encerró en su habitación viendo peligrar su traje nuevo... (Algunos días antes —presenciándolo él— habíamos sacado en hombros del comedor a un célebre inglés, montándole sobre el techo del furgón estacionado en la puerta de la Universidad....)

En este ambiente de alegría, bromas y «algaradas» estudiantiles —siempre bajo control y dentro de límites correctos— iban pasando los días en La Rábida entre ponencias de ilustres catedráticos (dos diarias), mucho deporte —sobre todo acuático— al aire libre y frecuentes excursiones a los alrededores.

Recuerdo que en una de éstas se dejó sentir, una vez más, la mucha condescendencia de don Vicente con nuestros deseos, incluso con nuestros caprichos. Volvíamos de visitar un museo arqueológico situado en las afueras de Huelva. Era mediodía, hacía calor y entre otros cantos surgió con música apropiada: «Queremos una cerveza y la pedimos a nuestro Rector; ya la vemos entre pecho y espalda,... que también es benefactor.» Don Vicente, que escuchaba la insistente tonadilla con amplia sonrisa en cara de luna llena, miró el reloj, hizo dar media vuelta al autobús —él iba junto al volante como siempre— a pesar de que Huelva quedaba ya muy atrás, y en un restaurante del parque, sentados cómodamente en veladores, nos sirvieron lo que deseábamos y algo más. Inncesario apuntar que la vuelta —entre nuevos cantos alusivos, aplausos y vivas al «Gordo» de Navidad que disfrutábamos— fue apoteósica.

— Con todo, don Vicente ocultaba bajo su habitual apariencia de hombre

«bonachón» (y fácilmente manejable) una recia entereza, que también a veces se puso de manifiesto.

Era norma estricta que no se bajara al comedor en «mangas de camisa» o algo parecido, sino con americana o al menos cazadora, siendo el Director de Estudios quien se encargaba de avisar a los que a veces se olvidaban o no lo sabían. Llegó un conocido catedrático para dar varias ponencias y acudió a comer en atuendo demasiado veraniego (pescadora abierta sin mangas, playeras, etc.), y fue el mismo don Vicente quien, por consideración a su rango, le dio a conocer de muy buena forma y en privado la norma establecida. Pese a ello, le debió caer mal la indicación pues a la cena bajó en impecable smoking, muy atildado y con una flor blanca en la solapa... (lo propio de una cena de máxima gala). Don Vicente —a su lado en la mesa de los profesores— encajó el golpe con su acostumbrada naturalidad y sin hacer la menor alusión a tan desquiciada indumentaria. Pero después le llamó a su despacho y sin más preámbulo le dijo secamente, aunque sin perder su habitual serenidad: «Queda anulada su intervención y mañana le llevarán a Moguer, donde tiene combinación para volver a Madrid. Buenas noches.»

Cuando —como en esta ocasión— don Vicente procedía radicalmente, o se mostraba serio y exigente, no por ello desmerecía en nuestra opinión o perdía imagen, pues era proverbial, y se comentaba entre los estudiantes, que sabía dar el «tono justo» que exigía cada situación. Era precisamente este equilibrio y ponderación lo que le revestía de verdadera autoridad moral sobre todos nosotros.

Sencillez y naturalidad

Podrían añadirse otros muchos recuerdos y anécdotas que completarían su fisonomía moral y humana, mas pienso basta lo anterior para comprender que don Vicente era un hombre singularmente dotado.

Concedo, naturalmente, que también tenía defectos y limitaciones (¿quién no los tiene en este mundo?), pero se vieron ampliamente contrapesados con tantas cualidades de naturaleza y de gracia como Dios le concedió y a las que él supo corresponder con voluntad entera. Sus muchas realizaciones son buena prueba de ello.

Si intentáramos señalar, ya como conclusión, alguna nota suya más acusada, podríamos quizás apuntar que en su recia personalidad destacaba mucho la sencillez y la naturalidad —sin el menor aire de importancia—

con que se entregaba a todo y a todos: se «traspasaba» generosamente y con plena dedicación a la tarea o a la persona que tenía delante sin afectación ni formulismos; escuchaba siempre con gran atención, infundía confianza, irradiaba optimismo («¡Dios y Audacia!»).

Ello sólo podía nacer de un fondo sólido de virtud, pues la caridad verdadera no es dar sino «darse», y él ciertamente se daba a todos (iguales o inferiores) sin distinción. Su conducta moral intachable (de un caballero cristiano) confirma lo que decimos.

Fue, en fin, don Vicente Rodríguez Casado uno de esos hombres que dejan huella allí donde pisan y que difícilmente se olvidan una vez conocidos y tratados. Como apuntábamos al comenzar esta modesta reseña: *...una excelente persona* en toda la extensión de la palabra.